

FR. F. MORA DIAZ - O. P., 1891 -

CDD 271.2861

LOS FUNDADORES DE LA CIVILIZACION COLOMBIANA



EL SOCIALISMO FRANCISCANO



CONFERENCIAS DICTADAS POR RADIO EN BOGOTA

1929

SUPERIORUM PERMISSU

©Academia Colombiana de Historia

8707-Dulima

FR. F. MORA DIAZ - O. P.

LOS FUNDADORES
DE LA CIVILIZACION
COLOMBIANA



EL SOCIALISMO FRANCISCANO



CONFERENCIAS DICTADAS POR RADIO EN BOGOTA

1929

SUPERIORUM PERMISSU

Al Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor

García Benítez

Obispo de Santa Marta, entusiasta admirador y
protector de la Orden Dominicana en Colombia,
como tributo de filial gratitud.

EL AUTOR

Motivos

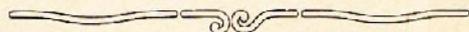
No creí dignas de la luz pública las frases emitidas ante el aparato radio-efusor, tan galantemente ofrecido por el Gobierno Nacional.

Varios sacerdotes, entre ellos los R. R. P. P. Franciscanos, el doctor Julio Sánchez, párroco de La Veracruz, el padre Echeverri, quien espontáneamente se adelantó a pagar parte de la impresión, y algunos caballeros, me obligaron con sus reiteradas invitaciones a publicar estas conferencias.

Que el deseo de complacer a tan distinguidos amigos disculpe el atrevimiento para con los lectores al presentarles hoy trabajo de tan escaso mérito.

FR. F. MORA DIAZ.—O P.

Bogotá, enero - 1930



LOS FUNDADORES DE LA CIVILIZACION COLOMBIANA

Los Dominicos y el descubrimiento de América

Rendid honor a quien debéis el honor (Rom. XIII. 7)

Al asomarse con el pensamiento al horizonte de la historia dominicana, recogimiento mezclado de estupor invade el espíritu, semejante al que causa la presencia del mar cuando por primera vez se divisa su inmensidad. Al terminar la lectura de las crónicas de la Orden de Predicadores, el lector saca esta conclusión: Dificil hallar en la iglesia de Dios institución más grande; si no se la aprecia, es porque no se la conoce.

Hágase caso omiso de su asombrosa actuación en Europa desde el siglo XIII, cuando se le dio el título de *“Sembradora de Universidades, semillero de santos y de sabios”*, y fijando la mirada únicamente en Colombia, sin parar mientes en su acción civilizadora por el resto de América, resultará que su apostolado es asombroso. Antes que Colón rasgara el velo que separaba el Antiguo del Nuevo Mundo, los Dominicos habían ya fundado conventos en Canadá, al transcurrir el siglo XIV. De Irlanda pasaron a Groelandia y de ahí a Terranova. Los navegantes venecianos y Zeno lo afirman (1); confirmalo el alemán Cronau (2) y lo asegura César Cantú (3). Allí se hallaron las ruinas de los conventos, y en los archivos de Roma están las actas de erección. ¿Qué fue de aquellos misioneros? Algunos historiadores opinan ser los apóstoles de veste blanca, negro manto y luenga barba que recorrieron el continente enseñando los fragmentos de verdades religiosas que los conquistadores sorprendieron en los indios y en nuestro territorio recibieron el nombre de Bochica.

(1) Juan Alzog. *Historia Eclesiástica*, Tomo III, pag. 144.

(2) *Enciclopedia Espasa*.

(3) *Historia Universal*, Tomo XXII pag. 139. Barcelona

Los teólogos Dominicos del Real convento de San Esteban de Salamanca defendieron con ardor las ideas de Colón; el Arzobispo Daza, confesor de la reina Isabel, le impuso como penitencia dar sus joyas para costear la expedición. Fue tanta la protección que le prodigó la Orden al Descubridor que, lleno de gratitud, dejó de su puño y letra esta frase, suficiente para inmortalizar un instituto: *Si no fuera por los Dominicos—escribía a los reyes católicos—vuestras majestades no tuviérais las Indias.*

La flota blanca

El Almirante genovés al entregar sus galeras a la voluble pluma de los vientos y lanzarse sobre el lomo del mar desconocido para mostrar a Europa con el dedo lo que años antes había visto en su mente, no tuvo otro fin que el de ampliar las fronteras del cristianismo. Tres siglos hacía que los hijos de Guzmán llevaban en Europa el título de *Soldados de la civilización y de la fe*. Si en aquel tiempo los caballeros feudales peleaban por su honor, por su patria y por su dama, los Dominicos batallaban por su Dios, por su patria y por su Orden. Habían en 300 años llenado el mundo de su ciencia y el cielo de sus santos. Ya era estrecho el campo para su apostolado. Las legiones de Alejandro Magno, cuando hubieron conquistado el mundo conocido, dirigieron sus miradas a la luna, deseando movilizar sus huestes hacia el planeta triste y silencioso. Las haces de la milicia de Guzmán en el siglo XV, habiendo extendido sus posesiones desde el Tajo hasta el Indus, y desde el Mar Blanco hasta Madagascar, se detuvieron en las costas del Mediterráneo y miraron hacia la legendaria Atlántida, preguntando: «¿Habrá más mundo? ¿Existirán más almas que salvar?» Ven regresar la caravela de Colón, y el Almirante les muestra oro, piedras preciosas, sin que les llame la atención. Les presenta animales raros, de variadas especies y maderas apreciables, mas no se entusiasman. Pero alcanzan a divisar gente de piel cobriza, semidesnudos, coronados de vistoso plumaje, adornados de brazaletes, y al punto se van en busca de ellos, los miran con cariño, los agasajan y les preguntan, más con mímica que con palabras, si adoran algún Dios. Los salvajes señalan el sol. ¿Son muchos Y dan a entender que son innumerables. ¡A la vela! ¡A la conquista de esas almas! es la explosión de aquellos pechos apostólicos.

Pocos meses después zarpa la flota blanca de 21 religiosos, presididos por Fray Tomás Ortiz. Los frailes de alba veste, cual cándidas palomas, tienden el vuelo hacia el mar atlante. Ven alejarse por momentos los pica-

chos de la sierra de Andalucía, su patria de mil encantos; no volverán a ver a los seres queridos; el celo por la salvación de las almas les hace desafiar las olas del mar bravío y hollar los sentimientos más nobles del corazón. .

Una mañana primaveral del año de 1529, cuando las estrellas una a una se apagaban al asomarse el sol, como una patena tras el altar de cristal formado por la Sierra Nevada, bañando de luz y de belleza la bahía de Santa Marta, allí la nave "San José" echaba anclas. Saltan a tierra alborozados los religiosos, clavan el pabellón blanco y negro, en cuyos pliegues se envuelve la cruz de Calatrava y cuyo lema es "Veritas". Caen de rodillas sobre la ardiente playa, besan la arena, lloran copiosamente de emoción, y pegado el rostro en tierra oran largo rato. Esas aguas amargas del corazón que corrían por sus mejillas y que bebía la arena, era el bautismo que recibía Colombia de sus primeros sacerdotes; ese beso a la tierra era el ósculo de amor que enviaba la Iglesia por medio de sus apóstoles a la virgen América; esa plegaria era la primera oración que recogían los vientos del nuevo continente y llevaban al través de sabanas, selvas y cordilleras, anunciando la regeneración de un mundo y de una raza; el abrazo que dieron a los naturales era el lazo de unión con que Europa civilizada se unía a la América salvaje.

Los pobladores de América a lo divino

Los enemigos de la Iglesia dicen que los misioneros al implantar la religión católica a los salvajes atacan la libertad de cultos y de conciencia. Para entender lo falso de este aserto es menester que se tenga en cuenta que nadie tiene derecho a elegir su madre, su patria, su religión. Bella o fea, rica o pobre, siempre es nuestra madre el sér que nos dio la vida, como la que nos dio el título más honorífico, el de colombianos. Del mismo modo se recibe la religión: lo más sagrado no se elige, por necesidad hemos de aceptarlo. Vivir sin creencias, no es vivir, es vegetar. Pueblo irreligioso forma naciones microscópicas. Las naciones suben a la cumbre de la grandeza cuando la libertad se desenvuelve en los amplios pliegues de la religión. Este es el motivo que impulsó a los Dominicos a trabajar con ardor para que el Catolicismo echara hondas raíces en la nueva sociedad.

Siendo la primera columna del Estado la religión, quien la ataca es traidor a la patria; y por el contrario, quien la fomenta merece bién del propio país. Los Dominicos que se entregaron con vida y alma a extender el Reino de Cristo, reciben de los primeros historiadores de Colombia el título de "*Pobladores de las Indias a lo divino*".

Su campo misional se extendió desde las costas del Caribe hasta el Amazonas, y desde el Pacífico hasta el Orinoco. Noventa y siete grandes misiones fundaron, en las cuales había religiosos que se gloriaban de haber bautizado a más de cincuenta mil almas. Todas las antiguas sillas episcopales fueron honradas por el blanco hábito y no hay parroquia y territorio que no haya sido regado con el sudor de los frailes de María.

Regada está Colombia con la sangre de los Dominicos muertos a saetazos por los indios y con la derramada por las disciplinas de San Luis Beltrán, del Venerable Vero y del Beato Juan Masías. Ahogados unos, devorados por los salvajes otros, su sacrificio hizo fructificar la fe en estas tierras. Las jaculatorias que nos enseñaron a balbucir nuestros padres las enseñaron por primera vez los hijos de Domingo; la reina de las devociones, el santísimo rosario, ellos la fundaron, y por no rezarlo, estamos al borde del abismo en los presentes momentos. A la primera imagen de la Virgen del Rosario que se trajo a Colombia y que se conserva en el templo de Santo Domingo, de Bogotá, con el título de la *Virgen de los Conquistadores*, le estaban consagrados por Real Cédula de Carlos V, la escuadra y ejércitos españoles. Todo lo que significa religión, moral, es propiedad de los frailes conquistadores, y ésta es la razón por qué siempre que se ataca a la fe, se levantan como leones para defenderla. La implantación de las máximas del Salvador del mundo les costó dolores y sufrimientos; y por ende, al ver ultrajado lo que constituye el alma de su alma, no pueden permanecer silenciosos alegando diplomacia y prudencia, que no es más que cobardía.

El ángel tutelar de Jiménez de Quesada

En la jornada épica por las selvas del Opón y del Carare, hacia la altiplanicie andina, el Padre Fray Domingo de las Casas tuvo que valerse de todas sus energías y elocuencia para obligar a Quesada y a sus soldados a continuar la marcha. Cuando era tan expuesto proseguir la jornada como regresar, la fe del santo sacerdote conjuró el peligro de la desesperación colectiva en aquella enmarañada selva.

El día 6 de enero de 1538, Gonzalo Jiménez de Quesada desenvainó su espada y desafió a singular combate a quien se atreviera a oponerse a la fundación de Bogotá, y el mismo Domingo levantó la hostia inmaculada para declarar la soberanía social de Jesucristo en el imperio de los Zipas. Por derecho de conquista los religiosos de la Orden de Predicadores se presentan al frente de las aras, de los púlpitos y cátedras de Colombia. Gloria

envidiable de esos misioneros es el haber bautizado al sumo sacerdote del templo de Sogamoso, al Cacique de Suba, al soberano o Zipa de los Muisca y mandar al cielo a Aquimin, último rey de los Zaques de Tunja, después de recibir los sacramentos, ya que a pesar de las protestas de los misioneros, lo hicieron los conquistadores pasar al patíbulo.

Por estos depravados crímenes de los soldados españoles, el Padre Bartolomé de las Casas escribía: *Hubiera sido mejor confiar los indios a los diablos de los infiernos antes que a los conquistadores.* Se ha querido desmentir los hechos que el ilustre Dominico relata, como testigo ocular, en su historia, acerca de la destrucción de los indios. Mas, para vindicar a España, no es forzoso acogerse a los argumentos negativos de la historia, bastaría recordar ese monumento levantado a la dignidad humana, inspirado por el celo apostólico del santo sacerdote, llamado «Leyes de Indias», y que fueron frailes españoles los que defendieron a los naturales.

Cuando Frederman, Belalcázar y Quesada estaban para irse a las manos por razón del predominio en el país conquistado, Fray Domingo fue el árbitro que conjuró el peligro. Lo mismo acaeció con Hernán Pérez y Lebrón. Por esta pacífica intervención, los superiores de las casas recibieron de los Reyes Católicos lo que se llamó: *El voto de regularización*, privilegio que consistía en acudir al prelado como a última instancia para dirimir las contiendas entre los conquistadores. Gracias a esta paternal intervención, se consolidó el poder español en estas tierras; de otro modo por emulación del mando, los ejércitos españoles se hubieran aniquilado entre sí, como sucedió con la guarnición que dejó Colón en la Isabela en su primer viaje, de la cual a su regreso sólo encontró la osamenta. *Domadores de Conquistadores, defensores de los indios*, llama a los hijos de Santo Domingo el primer cronista de la Colonia.

El Padre León hizo viaje expreso a Roma en 1546 para obtener del Papa la declaración de que los indios tenían alma. Por eso el Obispo historiador decía: *Por los Dominicos los americanos tenemos alma.*

Los progenitores de la cultura nacional

La primera escuela en Colombia, el primer colegio de segunda enseñanza y la primera universidad la abrieron los Dominicos. Las campanas que por primera vez resonaron en la sabana de Bogotá para llamar a los salvajes a vivir vida civilizada, fueron fundidas en el convento de la Orden de Predicadores. El único catecismo, lo mismo que el confesionario, gramática y

diccionario muisca, fueron escritos en una de las celdas del convento de Predicadores, por el Padre Lugo. Desde la colonia hasta nuestros días no se ha fundado un colegio mejor que el del Rosario, cuyas constituciones, que rigen hasta el día, están calcadas en el *Ratio Studiorum* dominicano. El mismo colegio de Jesús, María y José, de Chiquinquirá, debe su existencia a la Orden Dominicana. Las tierras que le dejaron los fundadores, intituladas «Hato Grande», le fueron arrebatadas y tanto el colonial edificio, antiguo convento dominicano, como las fincas de Saboyá, denominadas «Tierras de la Virgen», con las cuales modestamente se sostiene ahora, eran propiedad de los religiosos, quienes al ver que se les escapaba de las manos, por las leyes de manos vivas, pugnaron para que quedaran a favor de la instrucción pública. Nada diré sobre los 180 pueblos fundados por estos religiosos, ni sobre los pueblos levantados, lagunas disecadas, como la de Samacá, mapas levantados, ríos navegados y explorados y minas descubiertas por ellos. En la Bibliografía dominicana, donde se hallan más de 180 escritores colombianos, se hacían noticias acerca de todas estas hazañas.

La manifestación en piedra de la fe y piedad

Estudiar los monumentos antiguos es leer la historia en sus primitivas fuentes. ¿Queréis conocer la historia de nuestro país? ¡Leed los libros de piedra abiertos en el suelo de la patria! Ellos con muda elocuencia narran la obra artística de los religiosos. El Santuario internacional de Chiquinquirá es la construcción religiosa más hermosa que se levanta en Colombia; la basílica Mariana es la joya arquitectónica con que se enorgullece la nación. El templo de Santo Domingo de Bogotá, clásico en su estilo y de rica ornamentación, pasa por el mejor de la capital. El convento de Santo Domingo en la misma ciudad, es la admiración de los viajeros y la exteriorización en piedra de la piedad y pujanza de nuestros padres en la fe. Al lado de las modernas construcciones, este convento atestigia el modo de ser de los tiempos: ligereza, fantasía, frivolidad en las clásicas mansiones del presente; firmeza, realismo y seriedad en las antiguas. De los opulentos edificios levantados por los Dominicos, parte sirven de cuarteles, penitenciarias, colegios al gobierno; otros han sido reducidos a escombros. Los arcos cubiertos de hiedra como fúnebre manto, las columnas trucas donde las aves del cielo hacen su nido y los muros enmohecidos que destilan por sus grietas gotas de agua como llanto de muda protesta, son el quejido lúgubre de esas bellezas heridas y mutiladas por los nuevos vándalos. Los escombros de la igle-

sia de Mariquita recuerdan el lugar donde el leproso conquistador iba a prepararse a la muerte. El bosque que crece entre los paredones del templo de Muzo, guarda las cenizas de los mártires Dominicanos, cruzados por las flechas de la indómita tribu y guardan las extremidades del santo misionero devorado por los mismos. En donde surgía el templo de Guatavita crece la maleza: un cedro rompe el nicho de la Santísima Virgen en las ruinas de la iglesia de Tocarema; fragmentos de los altares se ven en el lugar donde se erguían las iglesias de Toro y Valledupar. A Santa Marta no puede llegar un Dominicó sin humedecer la playa con sus lágrimas al ver la mar lamien-do con sus olas el lugar donde se alzó el primer templo dominicano en 1529. La furia de la impiedad no dejó piedra sobre piedra.

¡Santo Ecce-Homo, Vélez, Pamplona, claustros bendito! Quisiera ir en romería silenciosa, para estudiar la ingratitud en su mayor manifestación. ¿Cuál fue el crimen para que demoledora pica u odio satánico hubieran expulsado a los santos moradores de esos albergues sagrados que fueron la cuna de la civilización colombiana, los santuarios del saber, las cátedras de la libertad?

Los primeros en la lucha, los últimos en la recompensa

Hasta aquí someramente se ha enumerado la obra civilizadora de los Dominicanos en la conquista y colonia; pero no se puede escribir época alguna de la historia colombiana sin que en primera línea se destaque la figura de un fraile de blanco cendal. Así vemos que los versos de Fray Archila incendiaron el ánimo de los charalae y socorranos, y cantando esas ardientes estrofas que se conservan en la Biblioteca Nacional, dieron el grito de insurrección en 1781. De igual modo en todas las actas de la independencia figura el célebre *O. P.* y muchos religiosos murieron en el ostracismo por haber trabajado eficazmente por la independencia. No podemos menos de hacer mérito singular del Padre Mariño, quien, al frente de su ejército, sostuvo el fuego sagrado de la libertad en la región de Casanare, desde 1816 a 1819. Bolívar lo nombró capellán y coronel de los ejércitos libertadores. Cuando el libertador, coronando las crestas de los Andes, echó una mirada a su ejército diezmado y agobiado por la desnudez y el hambre, y advirtió que iba a enfrentarse con las tropas realistas, perfectamente equipadas y descansadas, quiso desistir de la reconquista; pero asertó a consultarlo. Todos reconocieron las poderosas razones que el Jefe señalaba, bastantes para abandonar la temeraria empresa. Mas, en medio de aquel cuerpo consultivo se levanta el

Padre Mariño, hace enérgica exposición de los sacrificios sobrellevados, del desastre que se seguiría al perder la ocasión propicia estando ya cerca de los baluartes españoles. Quién lo creyera, la encendida arenga de un fraile Dominicano condujo a Bolívar a cubrirse de gloria en el Pantano de Vargas y en el Puente de Boyacá. La historia ha recogido esa insigne pieza, modelo de oratoria militar (1).

Si no hubiera intervenido el coronel Dominicano, la independencia se hubiera retardado muchos años, pues bien se sabe la trascendencia moral que tuvo esta jornada en los destinos no sólo de Colombia, sino del resto del continente. Después siguió el Padre Mariño ayudando a organizar la República, y lo vemos aún tomar parte en el Congreso de Angosturas (2).

Las joyas de la Virgen de Chiquinquirá las entregó el Prior del Convento al Tribuno del pueblo, Acevedo Gómez, para que los libertadores pudieran seguir la guerra de la independencia. Este préstamo sagrado no ha sido devuelto.

¿Para qué seguir cansando la memoria con más proezas dominicanas? Basta decir que Colombia se acoge a la sombra de la Virgen nacional, escudada por los hijos de Domingo, como un niño se acoge al regazo de su madre, siempre que el peligro la amenaza. Todo colombiano vuelve instintivamente el rostro hacia el santuario en momentos de angustia o de pesar.

No creais que ha sufrido mengua el espíritu aguerrido y tradicional de la Orden. No; de pie en la brecha veréis al Dominicano cuando peligran la integridad religiosa y nacional de la República. El escapulario blanco se verá ondeando dondequiera que la bandera tricolor esté en peligro de caer en manos impuras, y siempre que esta insignia sea el símbolo de la patria y la religión.

El crimen de lesa ingratitud

¿Cómo ha pagado Colombia y pagará tantos beneficios recibidos de la Orden de Predicadores? A los tiranos de la libertad, a los que han bañado el suelo de la patria con lágrimas y han hecho navegar la nave del Estado en un mar de sangre fratricida e infecunda, a los que han entregado a jiro-

(1) *Album de Boyacá*, por L. Peñuela, canónigo.

(2) Crónicas de Ibáñez.

nes el suelo de la nación, se les ha levantado estatuas, bustos; a los que llegaron ayer a disfrutar del sudor y trabajo de los frailes conquistadores, se les rinde honores; pero a los fundadores de la civilización colombiana, a los mártires de la libertad, en cuatro siglos, no se ha hecho más que expulsarlos, perseguirlos y calumniarlos. Esta ingratitud es hereditaria. Al Padre de las Casas que murió rodeado de sus hermanos en el convento de Sevilla, como consta por el acta de defunción, se le tildó de haber dejado el hábito; y al que aconsejó a los conquistadores hacer una fundación piadosa a favor de sus almas y de las de sus compañeros que murieron en la jornada, se le calumnió diciendo que se había alzado con ese dinero. Ni bastó que Quesada hubiera dejado escrito que él era quien debía tal dinero y que lo había recibido prestado del Padre Domingo, para que la mancha dejara de caer sobre su reputación. Pueblo e institución que no reconocen los beneficios de sus antepasados, no merecen el favor de la civilización.

La portentosa constelación espiritual

Por lo tanto son dignos del mármol los que han asistido al descubrimiento, colonización y engrandecimiento de Nueva Granada; los que ayudaron a echar las bases de la República; los que dieron sus vidas, tesoros, y dirigieron ejércitos para consolidar la independencia. ¿Quiénes podrán levantar la frente más airosa ni decir con más justicia: «Tenemos derecho de intervenir en los destinos de Colombia?» Ellos son ciertamente los que trajeron la civilización cristiana a las playas de la patria; ¡dad pues, paso, a los vencedores en su épica jornada!

Palpita el corazón de orgullo santo al ver desfilar por el cielo de la patria colombiana una legión de tanto abolengo y prosapia. ¡Oh portentosa constelación espiritual que fulgurais en el cielo de mi Orden y que giráis al rededor del Ilustrísimo Tomás Ortiz, astro de primera magnitud! Mientras los Andes rasguen el cielo con sus crestas de cristal y proyecten sobre los verdes valles sus sombras, la memoria de la Orden Dominicana permanecerá para confusión de unos y para gloria de otros. Para suprimirla en los destinos e historia de Colombia, es necesario volver a la barbarie, al paganismo, a la selva. ¡En el mundo de las ciencias y de las artes, siempre ocupará preeminente lugar!

EL SOCIALISMO FRANCISCANO

La tempestad destructora

El sistema que busca la armonía entre las relaciones humanas, entre el patrón y el obrero, entre el rico y el pobre, entre el pueblo y el gobierno, se llama *Socialismo*. Su existencia es tan antigua como el mundo, y durará hasta que haya desaparecido la humanidad. Tal como se presenta hoy es el sistema avanzado que quiere suprimir la propiedad privada, aspira a distribuir los bienes en común y a arrebatar al gobierno el poder para concentrarlo en los obreros. Es ateo en religión, y en moral es sensualista. Más que todo, es una utopía, una quimera; ni sus mismos panegiristas creen en él; sólo quieren atacar al rico para serlo ellos.

Siendo los hombres desiguales en capacidad, en salud, en cualidades, se les debe remuneración adecuada, mejores puestos y, como consecuencia ineludible, el desequilibrio vendría en seguida. Suponiendo que tales sueños fueran realizables, de ellos se seguiría la paralización del progreso, pues no habiendo estímulo y siendo los bienes comunes, nadie procuraría trabajar con empeño y entusiasmo. Un loco no pudiera imaginar cosa más absurda; y sin embargo esta es la doctrina de moda, el sistema de aceptación universal. No ha bastado la agonía de Rusia, la catástrofe que ha venido sobre China, ni la hecatombe de Méjico, para que la humanidad se persuada de que el socialismo es la destrucción de los estados y la ruina de los pueblos. Todos los ricos están envueltos en la sentencia de muerte fulminada por la turba hambrienta y sin religión. La ola de anarquía se extiende de uno a otro continente y bambolean tronos y sillas presidenciales; saltan hechos astillas los cetros de los emperadores y ruedan las coronas de los reyes. Los socialistas con el puñal en la mano, la bomba en el bolsillo y la blasfemia en los labios, van reduciendo a escombros los frutos de la civilización cristiana. A la voz de *ni Dios ni amo*, se desploma el edificio espiritual le-

vantado con el sudor de veinte siglos. Ejércitos, cañones, cárceles, patibulos, sillas eléctricas, sociedad de las naciones, congresos de La Haya, nada podrá detener la tempestad destructora. Le quitaron al pueblo el catecismo y ya no entiende lo que es respecto a la propiedad, a la justicia y al honor; sólo quiere clavar sobre los escombros de la civilización la bandera roja que lleva en sus pliegues el lema más irrisorio y mordaz: *Igualdad, fraternidad, libertad*. «La propiedad es un delito, gritan y escriben; nivelemos las fortunas».

El gobierno está entre dos espadas

Algunos gobiernos dejan levantar tribuna para sembrar estas doctrinas disociadoras; cualquier ignorante atrevido tiene derecho y goza de libertad para denigrar lo más sagrado que nos dejaron nuestros antepasados; la semilla va germinando, y sus frutos son esas asonadas o golpes terroristas. Entonces las armas vienen en ayuda del orden; pero este mismo recurso es una iniquidad cuando de antemano se ha permitido la enseñanza de tales doctrinas. ¿Quién es más culpable, el que enseña o permite enseñar tan perversas máximas o el que las lleva a la práctica? Se quiere mejorar la situación del proletariado, y no se sabe cómo; deséase salvar la propiedad del rico, y no se atina. El gobierno está entre dos espadas. No está la solución en modificar estadísticas, en equilibrar presupuestos, en echar cálculos financieros; no hay otra fórmula para salvar la sociedad de la ruina que la amenaza, que echar mano de los principios democráticos católicos, los cuales se sintetizan en dos cláusulas: «Pobre, respeta la propiedad! Rico, socorre al pobre!» Respeto, honradez en el uno; caridad, misericordia, en el otro. El trabajo es una virtud que ennoblece al hombre, enseña la Iglesia; es un medio de conquistar el cielo. Las riquezas son a su vez medios de alcanzar la bienaventuranza cuando sirven para hacer la providencia visible del pobre sobre la tierra.

Cierto es que uno de los cánones de la sociología cristiana, es el derecho de propiedad; por ende queda condenado el latrocinio individual y colectivo; pero se impone al rico el deber de conciencia de dar al pobre de sus bienes y no lo que quiera, sino cuanto pueda, después de atender a las necesidades propias de su estado. Ablanda por lo tanto el catolicismo el corazón de la aristocracia del dinero a favor de la democracia, volviéndose así lazo de unión entre el proletariado y el burgués. Ni se crea que ha predicado teorías; ha descendido a la práctica. El obrero, enseña la Iglesia, tiene derecho a un salario suficiente, no sólo para sostenerse, sino suficiente para

mantener el decoro de su hogar. Débensele abrir escuelas para sus hijos, descanso dominical, recreación, seguros de vida, de accidentes, etc. A la mujer, en sus días críticos, sin perder su salario se le debe dar reposo. Esto y mucho más exige la Iglesia a los ricos, y sobre todo, quiere que al obrero no se le tenga como *bestia de carga*, pues es digno de respeto, ya que su alma es tan libre y bella como la del amo, y aún a veces mejor. León XIII, en su encíclica *Rerum Novarum*, se constituyó defensor oficial del obrero. Este documento pontificio es el código más justiciero, más sabio y más completo del trabajo. Si la ingratitud no fuera el vicio más común, el día en que promulgó este documento debía ser la Fiesta del Trabajo, hoy marcada con sello de carácter antireligioso. Si no se atiende a la voz de la Iglesia, el conflicto social continuará con caracteres de terror y de muerte; continuará la hecatombe humana. En vano se dictarán leyes sobre amparo de obreros y conjuro de huelgas. Mientras se tenga la pobreza como la mayor de las desgracias, nadie se someterá con resignación a sus humillaciones; si el oro ha de continuar teniéndose como el ídolo de la vida humana, vendrá la catástrofe. Caridad o destrucción, no hay medio.

La tierra clásica del arte y de la santidad

La lucha entre las clases sociales presentó en la edad media, sobre todo en el siglo XIII, caracteres de aspecto aterrador. El siglo XII, puede decirse que fue el siglo militar; hasta el sacerdote alternaba la oración suave y doliente de la mañana con el grito de guerra al atardecer. Se fundaron órdenes militares como los Hospitalarios, para defender el Santo Sepulcro; las órdenes de Calatrava, Alcántara, Santiaguista, San Miguel. Los Caballeros de Malta, eran los avanzados de la cristiandad contra los turcos. Los teutónicos tenían a raya la ambición de los invasores en el Setentrión. Los Templarios, los Frailes de mayor valor militar, hacían humillar el poderío de los Muslines; estaban siempre con el pie en el estribo, la lanza en una mano y las riendas en la otra, listos a la defensa de la religión. Por el continuo batallar de las Cruzadas perdió el pueblo el amor al trabajo y, sobre todo, abandonó la agricultura. Vino el hambre más desesperante. Los caballeros se volvieron despóticos; el feudalismo vino a ser el buitre voraz del pueblo. Ni la paz de Dios, ni la tregua de Dios, ni los lugares de refugio mitigaban la lucha entre ricos y pobres. El choque entre las clases sociales se hacía cada vez más violento. Sólo el ejemplo de un pobre voluntario trajo la paz y conjuró el peligro: *San Francisco de Asís*.

Italia, la bella Italia, la tierra clásica del arte y de la santidad, tiene el honor de ser la patria del gran orientador de la democracia cristiana. La península italiana por especial privilegio de Dios, tiene los hombres más célebres en cada una de las ciencias y de las artes. El príncipe de los teólogos y los filósofos vio la primera luz cerca de Nápoles, la bella. La mujer más grande que haya existido en el mundo después de la Santísima Virgen fue Santa Catalina de Sena, en expresión de grandes humanistas y santos. Los pinceles y cinceles más divinos son los de Miguel Angel y Rafael. El Águila de más atrevido vuelo en el cielo de la poesía fue Dante, y el primer sociólogo del mundo fue San Francisco de Asís.

En el pintoresco valle de Umbria, como palomar encantador, se recuesta el pueblecito de Asís, el Belén de la meritísima Orden Franciscana; allí nació el poeta enamorado de la santa pobreza. La vida del gran taumaturgo podríamos reducirla a tres frases: nació en un pesebre, vivió sin abrigo propio y murió en la ceniza. Fue expulsado de la casa paterna por haber dado a un pobre sus vestidos. Desde este momento comenzó a ser el desesperado amante de la pobreza, a quien llamaba su señora, y a quien cantó con el entusiasmo y emoción de un trovador. Menospreciaba las riquezas para obligar a la Providencia a darle el sustento diario como lo hace con las aves del cielo. Cruzó el mundo, no como reptil, arrastrándose por el polvo y miserias humanas, sino cantando y volando como la paloma. Sin polvo ni escorias terrenales fue puro y bello como un rayo de luz, como una lágrima de María.

Los franciscanos son comunistas y socialistas por institución

San Francisco con la opulencia de la pobreza suavizó los rigores de la miseria del prójimo. El solo no bastaba para atender a la indigencia de tantos necesitados; veía extenderse ante el mundo el vasto campo de la miseria humana, y como genio organizador, puso al servicio de la multitud un ejército de pobres voluntarios. Tuvo el Patriarca genial visión al hallar la fórmula adecuada para conjurar en parte la intranquilidad social. Una legión de frailes renunciando todo en obsequio de los desheredados del mundo, es una concepción admirable en el terreno social. Es característica de los entendimientos privilegiados leer en el libro de los tiempos la hora de las grandes reacciones y renovaciones. El Santo de propósito prescindió de los medios humanos para la fundación de su orden, pues la erigió sobre el muro de la pobreza, y he aquí el secreto de su grandeza y perpetuidad. No solamente la ideó para el siglo XIII, sino también para los venideros. Hoy hay cierta

tendencia a hacerle el vacío a esta meritísima Orden; con crimen de lesa ingratitud hemos olvidado que esta Orden echó los fundamentos de la civilización de que nos gloriamos. Con razón dice su Santidad Pío X que no hay signo más auténtico de modernismo que la aversión a las órdenes mendicantes.

Veamos cómo el pobre de Asís organizó su Orden. Al pauperismo ateo, incendiario y petrolero opuso el pauperismo evangélico y caritativo: *Viveréis en obsequio de los pobres*, decía a sus hijos. Por lo tanto los franciscanos son comunistas y socialistas por fundación e institución. Nada propio pueden tener, todo es común; abdican su patrimonio, si lo tienen, en obsequio de la comunidad. Todo lo que se les obsequia por algún conducto va al fondo común, de donde sacan con qué proveer a todos, y lo restante reposa en el pueblo trocado en obras sociales. No hay tuyo ni mío, todo es nuestro. Los que en el siglo tuvieron bienes temporales, al entrar al monasterio deben entregarlos; y los que no poseyeron no deben aspirar a tener abundancia de lo que no tuvieron en sus casas; no obstante, si alguno en el mundo fue muy pobre, la comunidad debe proveerle de todo lo necesario. Todo para todos; nada para nadie. La propiedad privada entre los franciscanos no solamente es un crimen sino un sacrilegio. El alma de este santo comunismo es el voto de pobreza; pero para cumplirlo hay que aspirar a la perfección. San Francisco en su Orden viene al través de siete siglos dignificando el proletariado, enseñando la democracia cristiana. El Santo demostró que la felicidad es compatible con la pobreza. ¿Por qué se desespera el indigente? ¿Por qué el rico se cree un dios si los bienes de este mundo no constituyen el último fin?

El cambio que se obró en Europa por medio del desprendimiento enseñado por los hijos del Patriarca de Asís, sólo es comparable al verificado en el terreno científico por la escolástica. Ha quedado como característica del espíritu franciscano el hacer inclinar los ricos en favor de los pobres. Cuál es la razón? Porque no se levantan los gigantescos montes para insultar a los humildes valles que yacen a sus pies, sino para que, derretidas sus frentes de cristal al romperse contra ellas los rayos del sol, se deshagan en lípidos torrentes que fertilicen la llanura. «Dios, decía el Santo, exige del rico los intereses de lo que le ha prestado». Como es indigno de su Majestad recibir cosa alguna, encarga al pobre que haga sus veces, cobrando el impuesto como cajero y administrador de sus bienes.

Los financistas y economistas sagaces

El santo socialismo se extendió por dondequiera que iba un Fraile Menor; recibía las donaciones que le ofrecían; pagábalas con oraciones y las devolvía en conventos, iglesias, asilos, etc. Bancos, graneros, almacenes, eran las residencias de los franciscanos, de donde se proveían los ciudadanos en tiempo de calamidades públicas. Cada casa religiosa era un lugar de refugio y de esperanza para los días aciagos. No pudiendo el franciscano entregarse a la crápula, a la orgía, el fruto de esta vida tan austera tenía que redundar en beneficio de huérfanos, de viudas y de ancianos.

Para demostrar que los hermanos menores tienen recursos no sospechados para favorecer la sociedad, bastaba citar *Los montes de piedad*. Estas instituciones eran en la edad media, bancos de préstamo sobre prenda, para librar al pobre de la usura judaica. Sin fines mercantiles vinieron a fundar las cajas de ahorros, los bancos hipotecarios, de donde se sacaba dinero para socorrer a las doncellas pobres con el fin de que no se dejaran seducir por el oro tentador. Después vino la organización más admirable y sus ramificaciones, cuales son los bancos frumentarios que tenían por objeto dar a los agricultores granos, herramientas y dinero para pagarlos en tiempo de cosecha. Se multiplicaron en Italia y se extendieron por toda Europa. Con estas solas fundaciones, los franciscanos se revelaron como expertos financistas y economistas sagaces, con la sagacidad del Evangelio. La historia de la banca y de la economía social principia con los franciscanos. No amengua su gloria el que esas instituciones se hayan convertido en negocios agiotistas y en especulaciones escandalosas, pues en su origen fueron santas.

El pan espiritual y material

¿Por qué los franciscanos no hacen hoy lo mismo? Lo hacen donde no tienen tantos obstáculos. Pero antes debemos preguntarnos: ¿Qué se hicieron las riquezas obtenidas con el título más legítimo y empleadas tan santamente?

Es necesario decirlo en voz muy alta, porque la juventud que se levanta lo ignora: debido a la cobardía de los que tenemos por deber el dirigir correctamente el pensamiento nacional! La impiedad del siglo pasado arrebató los bienes de las comunidades religiosas. Los bienes de las manos muertas, pasaron a la de los más vivos, y hoy hay familias opulentas, honradas y distinguidas, que no saben que sus riquezas están malditas por ser fruto de una explotación sacrílega.

El año de 1860 fueron profanados los lugares de la santidad, y convirtieron los asilos de la virtud y del saber en guarida de soldadesca. Dejados obrar al hijo de San Francisco; no le pongáis trabas a su acción social y pronto lo veréis en todas partes calmando las masas, dándoles el pan espiritual y material. Donde jamás le encontraréis es en las oficinas públicas cobrando nóminas. El socialismo irreligioso envenena todo lo que toca; el socialismo franciscano purifica todo lo que halla.

Por derecho de conquista tienen los Frailes Menores la hegemonía en el campo social; por institución son los llamados a resolver el problema democrático.

La apoteosis del pobre Seráfico

Los mismos enemigos de la Iglesia confiesan la grandeza social de San Francisco. El impío Renán al ver la expansión y actividad de los hijos de San Francisco, exclamó: «Después de la divulgación del Evangelio no hay en la historia hecho más sorprendente que la propagación del espíritu franciscano en el mundo entero». Napoleón, al contemplar la estatua del pobrecito de Asís, dijo a sus generales: «He aquí un fraile que ha hecho más en el mundo con su cordón que los mayores genios militares con la espada». Los Estados Unidos, el pueblo de la democracia más auténtica, ha tenido para con el Santo especial predilección. A pesar de no admitir el culto de las imágenes como protestantes que son, casi no hay hogar donde no aparezca la efigie del Santo Patriarca. Este pueblo conserva como la más preciosa reliquia la choza, el humilladero, donde un franciscano dijo la primera misa en la hoy muy populosa ciudad de San Francisco. Es lo primero que muestra al viajero y se llenan de satisfacción al decir: «Aquí principió la ciudad». Contrasta esta noble actitud con nuestro proceder vandálico al mandar destruir el humilladero en la capital para ampliar un parque.

Para celebrar el acontecimiento más maravilloso de ingeniería e hidráulica, la apertura del Canal de Panamá, el pueblo americano abrió la exposición universal en la ciudad de San Francisco. Sabemos los monumentales pabellones que construyó Norte América y el soberbio frontispicio que levantó. ¿A quién creéis que colocó en la cúspide? No a Washington, el fundador de nacionalidad americana; no a Lincoln, el integérrimo; no a Edison, el mago de la electricidad; fue a San Francisco, que con sus manos extendidas aparece allí como la estatua fronteriza entre el Océano Pacífico y el

Continente. La apoteosis hecha por un pueblo mercantil y materializado es la prueba más concluyente que el espíritu franciscano se impone en todo el mundo.

León XIII, el sociólogo por excelencia del siglo pasado, puso a San Francisco y a su orden como el medio más apto para solucionar el problema del pauperismo. Enseñó al mundo que la Orden de Menores tiene recursos no explotados y energías renovadoras. Pueden los franciscanos venir a ser en nuestros tiempos los artistas de las innovaciones verdaderamente sanas y eficaces porque son hijas del Evangelio, y por lo tanto están alentadas por el soplo de la inmortalidad. Ahora se comprende por qué este mismo Pontífice quería que todo el mundo fuera franciscano. La aristocracia de la virtud, las almas heroicas entrando en las órdenes claustradas; los espíritus activos, las almas de apostolado y de acción social ingresando en la primera orden; y todos, ricos y pobres, potentados y plebeyos, perteneciendo a la venerable Orden Tercera para hacer de cada hogar un convento. Aceptemos la invitación del Romano Pontífice y de este modo, solucionando el problema temporal, habremos resuelto mejor el eterno.

FRAY F. MORA DIAZ O. P.

